

COSTUMBRES I CREENCIAS ARAUCANAS

EL JUEGO DE LA CHUECA (PALIN)

— POR —

EULOJIO ROBLES RODRIGUEZ



— SANTIAGO DE CHILE —
IMPRENTA BARCELONA
MONEDA, ESQUINA DE SAN ANTONIO

— 1914 —

COSTUMBRES I CREENCIAS ARAUCANAS

EL JUEGO DE LA CHECA (PALIN)

EUOLIO ROBLIS RODRIGUEZ



IMPRESION EN LA
IMPRESA BARRALONA

COSTUMBRES I

CREENCIAS ARAUCANAS

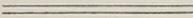
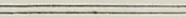
EL JUEGO DE LA CHUECA (PALIN)

 POR 

EULOJIO ROBLES RODRIGUEZ



 SANTIAGO DE CHILE 
IMPRESA BARCELONA
MONEDA, ESQUINA DE SAN ANTONIO

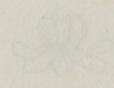
 1914 

COSTUMBRES I CREENCIAS ARAUCANAS

EL JUEGO DE LA CHUECA (PALIN)

FOR

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



SANTO DOMINGO DE LOS ANDES
IMPRESA PATRIOTICA
MONEDA, FONDO DE LA NACIÓN



COSTUMBRES I CREENCIAS ARAUCANAS

POR

EULOJIO ROBLES RODRÍGUEZ

JUEGO DE CHUECA

PALIN

Para la Pascua, señor, habrá juego de chueca en la cancha vecina a mi *ruca*, nos dijo el cacique Antonio Rapiman, sacándose respetuosamente el sombrero, agregándonos que poco despues de las seis de la mañana comenzaria la partida.

No obstante, como a las ocho del dia indicado, de camino nosotros para la cancha, nos cruzamos con Rapiman que iba a Padre Las Casas acompañado de los jinetes que llevaban muchachos a la grupa.

—Vamos a comprar provisiones para la fiesta, nos hizo saber, habiéndolo detenido brevemente con el objeto de inquirir si ya se habia iniciado el juego.

Galopamos algunas cuadras i pronto llegamos a la cancha, que estaba casi desierta, pues a esa hora solo habia una carreta con los bueyes desuncidos. Su dueño, una vendedora de bebidas, sentada en el suelo, medio dormitando, daba espalda al vehículo para aprovechar la flaca sombra que proyectaba.

Como la casa de Rapiman estaba cerca, fuimos a ella con ánimo de esperar todo el tiempo que tardare en organizarse la partida.

— *Mai mai, lamuen*, cómo está, amiga, dijimos a una india que salió a la puerta de su ruca.

— *Mai mai, lamuen* (1), cómo está, amigo, nos respondió dando calurosa entonacion a sus palabras.

Dentro del rancho habia una viejita ocupada en desgranar habas que sacaba de enorme canasto que tenia a su lado.

— *Mai mai, papai*, le dijimos en frase equivalente a la española ¿cómo está, mamita?

— *Mai mai, lamuen*, contestó la viejita con cariñoso acento.

Al bajarnos, ya una mujer habia tendido una frazada (o un cuero) sobre un tronco largo i grueso que en una ramada al costado de la ruca servia de asiento, no olvidando poner otro para el mozo en lugar retirado del nuestro.

Luego la *papai*, que era la madre del dueño de la casa, i la *lamuen*, que era la mujer, continuaron en sus quehaceres domésticos, la viejita desgranando sus habas i la otra, que ya habia arreglado su fogon, comenzó a dar de comer a una parvada de pollos, gallinas, gansos i pavos que la rodearon tan pronto como vieron en sus manos un plato de madera colmado de maiz.

(1) La salutacion en araucano es *mai mai* o *mari mari*. A una mujer, ee le dice *mai mai, lamuen*, i ella contesta en la misma forma. *Lamuen* es hermana i amiga, i respondiendo un saludo que dirige a una mujer un varon, le dice a éste *lamuen*, que en tal caso toma la acepcion de hermano o amigo. A un hombre se saluda diciéndole *mai mai, peñi*, cómo está hermano, quien responde, si el que saluda es hombre, *mai mai, peñi*, i si es mujer, *mai mai, lamuen*.

Miéntras las aves recojian i engullian apresuradamente el grano, la mujer paseó la vista sobre ellas, i del rápido exámen practicado, salió escojida hermosísima gallina, a la cual, luego que la reputó por buena, le puso encima la mano i en un santiamen le retorció el pescuezo.

Se nos acercó en seguida para preguntarnos comedidamente la forma en que nos gustaban las gallinas.

En esto, detuvieron sus caballos frente a la *ruca* dos policiales que deseaban hablar con Antonio Rapiman, enviados por el Subdelegado de Padre Las Casas, a quien un comunero del cacique habia pedido que prohibiera el juego de chueca i unas carreras de caballos que tendrian lugar despues.

El reclamante era dueño de una sementera de trigo, sin cerco alguno, al lado de la cancha, i pensaba con sobradísima razon que los jugadores, enardecidos en la lucha i los caballos que despues corrieran, no se detendrian precisamente en el punto mismo en que comenzaba la siembra, concluyendo así por arruinar su pobre trigo, ya mustio por falta de lluvia. El hombre habia tambien previsto que se beberia mucho en la fiesta i los ebrios, sobre todo los ebrios penden-cieros, no respetan vallas, i ménos puramente teóricas, de la sementera, objeto de sus temores.

No andaba descaminado en este órden de inquietudes el cauteloso indio i no era imposible que los peleadores i los *curados* le trillaran en verde sus trigos, a juzgar por lo que oimos a nuestro paso por Padre Las Casas, a dos *mapuches* que encontramos frente a una cantina que ostentaba el rótulo «*Para todos sale el sol*» escrito a continuacion de redonda cara amarilla estampada en tela blanca, de la cual salian líneas rectas, figurando rayos, con el evidente propósito de obtener la imájen del astro. Esos indios alumbrados por el sol de la cantina, impuestos de dónde íbamos, noticiaron a nuestro acompañante que concurririan a la fiesta i le dijeron sonriendo que en la tarde habria *loncotun* en la cancha, es decir riñas en que los contendores se toman fuertemente del pelo.

Los policiales, notando que se encontraban en propiedad privada i que su papel en el caso que se les ofrecia, no podria ser otro que el de prevenir las faltas con su presencia i que no tenian derecho para impedir la reunion, se quedaron, mas con ánimo de ver la fiesta i talvez con la expectativa de ser agasajados, que de usar de su autoridad.

La cancha se iba poblando poco a poco.

Por momentos, llegaban algunos individuos a la *ruca* de Rapiman con el objeto de solicitar algun servicio.

—*Ñañita*, oimos que decia un sujeto a la dueño del rancho, *prestando* un hacha, usando la forma verbal empleada por los araucanos que dominan imperfectamente el español.

I la buena mujer, despues de ir por ella a un rincon, la entregó sin desconfianza alguna.

—*Ñañita*, decia otro, *¿dónde haber agua?*

I la *ñañita* salia de su *ruca* i mostraba con la mano una depresion del terreno, sombreada de *quilas*, donde corria un chorrillo.

Prestando un cántaro, exijia un tercero.

—Bueno, pero *no quebrar*, recomendaba la complaciente *ñañita*.

Mientras tanto, a alguna distancia de la *ruca*, el espacio despejado i plano estendido delante de ella se iba convirtiendo en una especie de bosque, formado por grandes ramas, verdaderos árboles que se plantaban trayéndoselos de las vecinas quebradas con el objeto de producir sombra.

La mayor parte de esa jente era al principio compuesta de chilenos, pequeños pulperos del barrio de Padre Las Casas, la Villa Alegre, separada del grueso de la poblacion de Temuco por la ancha caja de los dos brazos del Cautin.

Esos comerciantes habian venido conduciendo carretas tiradas por bueyes que se estacionaban aquí i allí i que traian cajones de cerveza i de bebidas gaseosas o barriles de vino.

Elejido el sitio, descargaban sus mercancías, i para protegerlas del sol, colocaban debajo de ellas sus cajones, que a

medio abrir descubrian parte de los cambuchos de paja en que se embutian i las cápsulas metálicas que les servian de tapones.

A la sombra de ramas, algunas industriosas mujeres, con los brazos casi enteramente descubiertos, por lo subido de las mangas, preparaban en enormes bateas la masa para elaborar empanadas i sopaipillas que tendrian espléndida salida.

Muchas indias, ya aleccionadas con el ejemplo de las chilenas, i vestidas como ellas, se entregaban tambien a idénticos menesteres: vertian agua en artesas llenas de harina i formaban la pasta que deberia rellenarse i freirse, miéntras que otras de sus paisanas, sentadas en las carretas, a las cuales servian de barandillas ramas de gran follaje, miraban tranquilamente las diversas etapas de la operacion.

Unos *mapuches* de apellido González, ya mui españolizados, habian improvisado una cantina debajo de regular sombra i formaron de tablas horizontales sostenidas por estacas clavadas en el suelo, rústica i larga mesa a la cual se sentaron muchos a beber vino i cerveza i a «platicar la amistá», como decia un rotito amigo i aparcerero de los indios. Los que no cupieron en la mesa siguieron en sus caballos acompañando a los otros en las libaciones i en la charla.

Pintoresca reunion de indios nos atrajo luego: altas ramas verdes servian de punto céntrico a un grupo de mujeres de pañuelos rojos que llamaban al sol, i con joyas de plata al pecho, agrandadas por los reflejos vivísimos que despedian.

Era una familia de Maquehua, pero orijinaria de Boroa, cuya procedencia se denunciaba en el acto por el tipo: mujeres de ojos claros i rubias, pero de un rubio sucio, agreste, que contrastaba con sus caras morenas, un poco ménos que las del resto de su raza, salpicadas de gruesas pecas i con sus facciones toscas. Su aspecto no era simpático, como no lo es, por lo jeneral, el de las famosas bellezas rubias de Boroa.

En una de las ventas que tenia su aprovisionamiento, parte en una carreta de toldo i parte en el suelo, se veia un concurso de mujeres a la sombra proyectada por ramas, a quie-

nes atendia, vendiéndoles vino i frituras, una agraciadísima jóven chilena que llevaba immaculado delantal blanco, calzada de zapatos de brillante charol con su coquetona hebilla, de vestido corto aun, que permitia ver trozos de vigorosas piernas ajustadas dentro de medias negras. Mas provecho que de esta clientela menuda obtenia la jóven de un sujeto ya entrado en años, pero robusto, que gastaba recias espuelas, buena manta i pañuelo de seda al cuello i que pedia rumbosamente botellas de cerveza, unas tras de otras, i copitas de licor de guindas, invitando a la chicuela, la que aceptaba de buena gana i aun permitia que el veterano chocara su vaso o copa con el de ella. El sujeto, segun todos los síntomas, se habia enamorado de la muchacha, i la mui pícaro para retener a su mejor cliente, hacia semblante de corresponderle, poniéndole ojos tiernos, mirándolo largamente i aun favoreciéndolo con sonrisas. Ménos demostraciones que éstas habrian sido necesarias para que el anticuado galan cobrara bríos i se constituyó en acólito de la dama para ayudarla en los trajines de atender a servir a los demas clientes, sin dejar de hacer pedidos por cuenta propia.

En un momento que la clientela lo permitió, se sentaron en sillas que el reverdecido pretendiente tuvo el cuidado de colocar mui juntas i así rozaba sus hombros con la damisela, hablándole casi al oido con grandes muestras de apasionamiento.

El calor era sofocante i el vetusto enamorado, incómodo con su sombrero negro de grandes alas, se despojó de él para darse aire usándolo a modo de abanico i haciendo estensivos estos servicios a su simpática compañera.

Un chileno que conducia una carreta en que estaban sentadas unas indias, se acercó al grupo, pidiendo vino para sí i para sus patronas o amigas *mapuches* i fué atendido por la moza.

Contemplóla el rotito con aire de devorarla placentaramente i en seguida pasó su vista sobre el antiguo i sonrió con socarronería, pero al fijar su atencion en la gran calva

que se puso de manifiesto cuando se quitó el sombrero, a una gran calva rodeada de mechones grises, dijo con toda frescura:

— ¡Miren lo lacho el viejo, cabeza de láuna con totora por l' orilla!

La favorecida con estos amores retardados volvió la vista a su desigual compañero i encontrando exacta la espresion que metaforeaba la cabeza del veterano en laguna con cañaverales a su rededor, no contuvo la risa.

— *Chem pi?* ¿qué dice? preguntó una india al carretero i luego que obtuvo la traduccion siguió a la damisela en sus risas, a que todos hicieron coro, dejando corrido al galan, quien, llamado con crudeza a la realidad, se dió cuenta que su tiempo se le habia pasado, i adoptando continente grave, pidió el valor de su consumo, pagó, i sin querer mirar a la muchacha, se fué con su música a otra parte.

Los compradores indíjenas circulaban por las improvisadas ventas, para averiguar dónde podrian obtener mejor mercado, i pasaban a una misma parte dos o tres veces preguntando cuántas empanadas daban por una *chaucha* i a cómo vendian el litro de vino, i cuando se convencian que en determinada venta estaban las cosas mas baratas, todavía exijian rebaja de precio.

— ¿Tiene pan, *sinióra?* preguntaba un mozalbete indio a robusta i coloradota comadre que tenia su venta, como casi todas, en una carreta.

— *Vendáme limóna* con cerveza, pedia otro.

— Deme *quiñe* (una) *chaucha empaná*, se oia en otra parte.

— Aquí te devuelvo la botella *desocupá*, *señorita* ¿que te parece, dos botellas *tomar* yo? interrogaba una simpática *mapuche* a la dama poco ántes cortejada por el caduco galan, i se reia con el mayor júbilo.

Indios adolescentes, caballeros en regulares bestias i aseadamente vestidos, llegaban a las ventas i con mucha grave-

dad pedían cerveza que también bebían con gravedad i reposo.

Un mocetón de traje negro, inquiría por todas partes dónde había una guitarra para cantar canciones *mapuches* i tocar polkas i valsés.

— ¿Dónde aprendiste vihuela? le dijimos.

— En *Arkentino*, esto es en la Argentina, allá todos saben tocar i cantar.

Por los caminos que conducían a la cancha se perfilaban envueltos en nubes de polvo las oscuras siluetas de grupos de indios a caballo que apresuraban el paso.

Acortando la distancia por los deshechos, venían mujeres a pié, que levantaban enormes ramas para guarecerse del sol, i otros que se defendían de sus rayos con paraguas.

Como a las dos i media de la tarde se desarrollaron los preliminares de la partida.

Los dos contendores principales, los jefes del juego, se dirigieron al sitio en que debería tener lugar.

El palenque estaba marcado por dos zanjas, ya muy antiguas, que corrían paralelamente en una longitud de más de una cuadra hasta tocar las sementeras de trigo de que hemos hecho mención. Entre ambas líneas se podían medir unos treinta metros.

Oímos a más de un perito tajar de demasiado angosta la cancha.

En el centro de ella se colocaron los jefes de los bandos que deberían medirse: se dieron la mano, hablaron algo entre ellos, se tocaron los sombreros i se entregaron mutuamente unas monedas.

Eran ceremonias para «amarrar» la apuesta, esto es, para hacer irrevocable el desafío.

Supimos que en el cambio de monedas se habían pasado recíprocamente la cantidad que ellos aportaban.

Por lo visto, los jugadores tienen confianza mutua, i

no han menester de depositar el valor de la apuesta en un tercero, encargado de entregarla al que resulte triunfante.

Los que deberian tomar parte en el juego se despojaban de los zapatos, de sus blusas i sombreros, i examinaban unos bastones de vara i media, encorvados en uno de los extremos, que usarian en la partida.

Miéntas se ocupaban en estos menesteres, cruzaban apuestas, no mui subidas, cuarenta o sesenta centavos, lo que hacia esclamar algunos que con ese dinero apénas si podrian comprar los gananciosos empanadas i vino i que no les alcanzaba para invitar a los amigos.

Luego se diseñaron los dos bandos: ocho por lado.

Se colocaron en el promedio del espacio marcado por las zanjas, en donde habia un hoyo pequeño en que introdujeron una pelota de madera i los que hacian cabeza del juego, pugnaban por sacarla con sus bastones encorvados para arrojarla, un partido a una direccion i el otro a la opuesta.

Esto fué a modo de ensayo.

A fin de que se comprenda la descripcion que haremos, conviene espresar en qué consiste este juego de chueca, denominado *palin* por los *mapuches*.

Cada jugador va provisto de un baston encorvado que se llama *huiño*, con el que debe engarfiarse la pelota—*pali*—i golpear con el objeto de dispararla en una direccion dada.

Zanjas paralelas limitan el espacio en que las pelotas deben jirar.

Cada vez que la pelota sale de ese espacio en el sentido de la latitud o toca las zanjas, se produce una *quemada* i hai que comenzar de nuevo.

La pelota debe salir fuera en el sentido de la longitud, i siempre que esto acontece el partido que lo ha conseguido lleva *una raya*.

Los contendores se dividen la cancha, i si ella, por ejemplo, está orientada de norte a sur, un bando trata de llevar

rectamente la pelota al norte i el otro de llevarla al sur. Se juega comunmente a cuatro rayas.

—Ya! ya! dijeron los indios para prevenirse que iban a iniciar seriamente el juego i los dos que estaban en la cabecera de las líneas opuestas introdujeron sus bastones en el hoyo, pretendiendo sacar la pelota cada uno para su lado. No era fácil conseguirlo porque no solo se metieron en el hoyo los bastones de esos indios sino de muchos otros.

La pelota solicitada de todas partes, golpeada fuertemente, se revolvía i permanecía como inmóvil, contrarrestados por otros, los golpes que recibía.

En un momento no se veía mas que indios encorvados, con el ojo listo, tratando de esquivar el cuerpo a los bastones que por tocar la pelota podrian herirlos.

Como es importantísimo sacar la pelota del hoyo, cada uno se esforzaba por hacerlo: ya fuera de él, un buen golpe podría dispararla en la dirección del campo propio que se dividían los contendores.

De uno de los bandos era jefe un anciano de oficio platero i del otro nuestro huésped, Antonio Rapiman.

Después de mucho pugnar, consiguieron los del platero poner fuera la pelota, i con un gran golpe asestado diestramente la dispararon buen trecho hácia su campo.

Corrieron todos tras de ella, tratando los del bando del platero echarla rectamente fuera de la cancha, i los otros volverla a su lado o desviarla hácia las zanjas para evitar que los contendores llevasen un punto.

La pelota, vigorosamente golpeada aquí i allá, jiraba en todas direcciones sin salir del palenque.

Los jugadores tenían que andar mui listos, tanto para alcanzar la pelota como para no ser ofendidos por los palos.

I los espectadores alineados al lado de las zanjas no

estaban tampoco a cubierto de los peligros, pues la pelota a veces pasaba silvando por sus cabezas.

Hasta aquí el partido del platero llevaba la ventaja: la pelota estaba en la parte de la cancha que le correspondía i un golpe no contrarrestado por el baston del adversario, podria llevarla fuera i darle una raya; pero esto era lo difícil, pues mas de una vez parecia que indudablemente iba a salir en el sentido exigido, i con rapidez lo evitaban los contrarios por medio de oportunos golpes.

Por fin, en esta escaramuza en que se gastó notable agilidad, los del partido de Rapiman consiguieron desviar hácia una zanja la pelota.

A comenzar de nuevo la lucha.

Un indio trajo la pelota i la puso dentro del hoyo.

Algunos campeones se restregaron las manos en el pasto i volvian rápidamente a sus puestos.

Nueva espectacion: listos los jugadores, el ojo alerta i los bastones prontos.

De repente, tres o cuatro bastones se movieron dentro del hoyo, entrechocándose furiosamente.

Tomada por uno la pelota, jiró pequeño espacio, pero fué vuelta otra vez a su sitio.

Uno de los campeones de Rapiman con certero golpe consiguió sacarla a buena distancia, lo que produjo una gran carrera de todos, que se atropellaban para golpearla con sus bastones, hasta que uno mas listo de los del partido del platero, frustró las expectativas de los contrarios, i no pudiendo hacer salir la pelota por el lado de los suyos, la tiró hácia una de las zanjas.

Ninguno de los bandos llevaba ventaja, porque como queda dicho, la pelota debe salir fuera de la cancha en el sentido de la lonjitud.

Nueva lucha: los espectadores se encontraban anhelantes

Los campeones en estas primeras embestidas parecian dignos los unos de los otros.

Un moceton, alto, fornido, de los del platero, dió un golpe

diestrísimo a la pelota que la hizo recorrer gran distancia, yéndose tras ella a la carrera, i cuando iba a golpearla nuevamente, los adversarios lo impidieron haciéndola retroceder, pero cojida nuevamente, el moceton la disparó en derechura fuera de la cancha.

—Una raya! gritaron i volvieron a luchar por sacar fuera la pelota, que habia sido puesta en el hoyo.

Los campeones se iban enardeciendo: la violencia del ejercicio los tenia bañados de copioso sudor.

La pelota, tirada oblicuamente fuera del hoyo, pasó zumbando por las cabezas de la doble fila de espectadores, i cojida por el moceton fornido del bando del platero, fué arrojada con limpieza fuera de la cancha, en la forma exijida para ganar punto.

—Dos rayas!

A esta altura del juego, los contendores cambiaron de lugar, pasando los del platero a ocupar el que tenian los de Rapiman i vice-versa.

Este cambio de posicion implicaba tambien cambio de campo, es decir, los unos deberian echar ahora la pelota hácia el campo poco ántes destinado para este efecto a los otros.

Es regla de juego que al llevar dos rayas uno de los bandos cambian de sitio.

Siguieron otros lances i se echaron *quemadas* tocando la pelota las zanjas, o saliendo fuera en el sentido de latitud.

El partido que iba ganando hizo tres rayas.

Un espléndido golpe dió punto al perdidoso; pero pocos momentos despues, i sin ningun trabajo el bando del platero enteró cuatro rayas.

Creimos terminada la partida, pero notamos que se seguia jugando.

—Tienen que sacar libres las cuatro rayas, señor, nos dijo uno al oirnos que habian ganado los del platero, esplicándonos que la raya de los de Rapiman hacia disminuir en una los que llevaban sus contrarios; de modo que podian contar solo tres estos últimos.

El bando de Rapiman hizo varios esfuerzos para impedir que los adversarios enteraran la cuarta raya, que lo consiguieron pronto, dejándolo solamente con una.

Como se ve, este juego, debe tardar mucho en decidirse, por el singular modo de llevar la cuenta de las rayas.

Tuvimos la oportunidad de asistir a otro en que eran contendores campeones de Maquehua i de Ñirrimapu, i empataron.

Se jugaba el primero de Enero i dejaron la solución para el mismo día del año siguiente.

Los jugadores completaron sus vestiduras, se pagaron las apuestas i fueron a consumir su valor en las ventas.

Parte de los que habían presenciado el juego, se quedó en la cancha «para armar carreras de caballos».

A pesar de tan numerosa concurrencia como la que alcanzó a juntarse, i no obstante la abundancia del licor consumido, no se produjeron desórdenes i no hubo otro incidente que una violentísima disputa trabada entre nuestro platero victorioso i un indio joven. La discusión, a juzgar por el acaloramiento de los contendores i por el brio de las palabras, se colocó desde un principio en peligroso plano que conducía a un conflicto mas serio: el platero de a caballo, empinado sobre los estribos, vociferaba con tanta irritación que se veía venir una lluvia de palos, de latigazos o mojicones. El moceton de a pié gritaba no ménos vigorosamente i su aspecto hacia presajiar tempestad.

La causa de tan agria querrela fué haber cobrado el último unas joyas dadas en compostura i veinticinco pesos valor convenido del trabajo i que pagó adelantado. Lo grave de asunto era el tiempo trascurrido, un año largo de talle, i el artífice ni componía las joyas ni devolvía el dinero. Era el momento, segun el moceton, de ajustar cuentas i de ventilar el asunto en presencia de todos. El platero desviaba la cuestión, pretendiendo llevarla a terreno distinto i concretaba

sus vociferaciones a poner de relieve la insolencia de un muchacho, de un *re-cona*, esto es, de un simple mozo, que así se encaraba con un viejo, blanco de canas, hijo i pariente de caciques cuya familia no podia parangonarse con la de un cualquiera como la del atrevido que le faltaba al respeto i al cual castigaria.

Muchos de los presentes, a pesar de que no tenian libres sus cabezas de vahos alcohólicos, invitaban a los belijerantes a dejar para mejor oportunidad sus disputas i a guardar moderacion en presencia de álguien que allí se encontraba.

La opinion favoreció al mozo i mas de uno de los que oian los improperios que recíprocamente se lanzaban los sustentadores de la querella, habia sido víctima del platero, que era reincidente en el abuso denunciado por el moceton, pues tenia la costumbre de quedarse con las alhajas que se le entregaban en compostura o con las piezas metálicas que exigia como materia prima de la fabricacion, i que, por huir de bullas i no verse espuestos a la mala boca de ese hombre, dejaban perderlo todo.

Habia trascurrido la mayor parte del dia.

El calor sofocaba.

Los roces contribuian a hacerlo intolerable.

Las montañas quemadas estaban a bastante distancia, pero el incendio era colosal.

El humo, saturando la atmósfera dentro de vasta zona, producía desagradable picor en los ojos.

Los rayos solares se coloreaban de tintes cobrizos al atravesar las capas de aire impregnadas de residuos de la gigantesca combustion.

Las hojas de los árboles se teñian con reflejos de sangre.

Figuras i manchas de anaranjado intenso pintaban en el suelo entre la sombra del follaje, los rayos de sol que conseguian penetrarlo.

Las colinas cercanas, sombreadas por el humo, destacaban

contra el azul gris en que se proyectaban, sus macizos recios con inusitado vigor.

El espacio en que tenia lugar la reunion se cortaba en el oriente a poca distancia del punto en que nos encontrábamos, por semi-círculo de montaña, en que sobresalian algunas alturas; conocedores de la rejion nos las fueron nombrando: por el norte, por el lado en donde quedaba la ciudad, hundida dentro de un valle borrado por vapores azulejos, se alzaba la ancha comba del Conomhuemo, en cuya cima pelada, como dibujadas por pincel gigantesco, se veian las gruesas i negras líneas de solitario e inmenso roble; seguian el Degupilli, el Chomio, el Recupura, que en su tendida cumbre lucia verdadera coronacion de árboles, colocados de distancia en distancia, que se perfilaban con asombrosa nitidez, i cerraba por el sur el semi-círculo, el redondo Loncoche, que en lengua de la tierra, quiere decir, Cabeza de Jente.

Una viejita de tipo araucano, pero de nombre español, Juana Morales, que oia las preguntas que a un indio hacíamos acerca de la denominacion de las alturas, nos dijo:

—Esos son *tren-trenes*, señor.

E instada a esplicarse, repitió la fábula ya escrita en capítulos anteriores, manifestando que en esas alturas se refugió la jente durante una grandísima inundacion que cubria la tierra i que alcanzó mui arriba de los montes, los que o sobrenadaban o crecian para que el agua no llegara a la cumbre. Algunos dias despues salió del centro mismo de los cerros un rumor sordo pero que sonaba distintamente *tren-tren*. Entónces las aguas comenzaron a decrecer i dejaron enjutos los llanos.

La jente abandonaba el lugar de la reunion.

La sombra bajaba al campo.

El sol, mui próximo a estinguirse, parecia de estraordinaria magnitud dentro de la atmósfera saturada de humo.

Su enorme esfera se mostró un momento como aislada del horizonte, avivada su lumbre con brillo mas profundo i al hundirse dejó la impresion de un disco de hierro enrojecido.

